

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Antonio Abad, 18, 3.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Ricardo Mella

Por la anarquía

IV Y ÚLTIMO

Hay en verdad dos medios de que los hombres se apropien lo necesario á su existencia. Ó bien se conciertan para obtenerlo ó bien cada uno á su modo se agencia como pueda cuanto necesite. El primer método supone asociación ó cooperación; el segundo, si tal puede llamarse, es el asalto á la naturaleza, la lucha á brazo partido por el pedazo de pan. Ya sabemos como este segundo procedimiento ha sido aplicado hasta ahora; el término de la evolución se llama asociación capitalista y subordinación obrera. El asalto, la lucha no ha podido prescindir de la cooperación aunque ésta sea voluntaria para un grupo de hombres muy pequeño y forzosa para otro muy grande.

En plena libertad social, ¿qué haríamos? Ciertamente la libertad sería un mito si el individuo no tuviera á su disposición todos los medios de desenvolverse, alimentos, vivienda, vestidos, conocimientos, artes, etc. Pero... y sin *peros* no hay razonamiento posible, no es un individuo solo el que se halla en aquel caso; son millones de individuos y por tanto no se puede decir que el individuo ha de apropiarse, sin ningún género de consideraciones, cuanto necesite

para su total integración sino que los millones de individuos presentes ó futuros han de tomar lo que precisen donde y como lo encuentren. Aceptemos el léxico especial de los aficionados á sacar punta á las cosas más sencillas. Pues bien; ó los hombres se entienden para el mejor aprovechamiento de lo que está á disposición de todos, ó cada uno tira por su lado y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Este último es el caso de los señores de la reconcentración egoísta del individuo y también de los comunistas aficionados á la filosofía simplista del montón. Las consecuencias son bien llanas. Cada uno tomará lo más que pueda y al paso que algunos lo tendrán todo, muchos no tendrán nada. A la postre, la mayor parte será víctima del despilfarro de una minoría,—ni más ni menos que como ahora—y eso de la integración y de la reconcentración egoísta del individuo y otras zarandajas metafísicas serán música celestial para los millones de individuos que, sin duda, no significan nada para los secuaces del «Único y su Propiedad».

Permítaseme que llegado á este punto haga gracia al sentido común, al buen sentido de los ignorantes que como yo,

uno de tantos, no comulgan en las aberraciones de la neurastenia, haga gracia digo, de mayores razonamientos. No son necesarios.

Para disponer de los frutos del campo, será menester que contemos con los campesinos. Para disponer de las viviendas, de las telas, de las máquinas, etc., será preciso que nos entendamos amigablemente, muy amigablemente, ó muy pronto no tendremos ni máquinas, ni telas, ni viviendas, ni frutos de la tierra. La producción es imposible sin el concierto de millones de voluntades. Y si se habla de la producción que baste, por lo menos á satisfacer todas las necesidades, la imposibilidad crece de punto. Para que cada uno pueda desenvolverse en el mayor grado, habrá que asegurar primeramente los medios adecuados á tal desenvolvimiento ó bien conformarse á que la mayor parte se quede en ayunas. Así lisa y llanamente, sin más honduras filosóficas, hay que plantear la cuestión. La libertad es ante todo una cuestión de pan, por mucho que lo sientan los que quisieran alimentarnos de rayos de luna y puestas de sol. El problema es ante todo un problema de nutrición, pese á la andante caballería del neo-individualismo. Un animal, un simple animal primero, eso es el hombre; después todo lo que se quiera. Pues resolvamos aquel problema y todos los demás quedarán resueltos. Porque asegurar los medios de subsistencia en un mundo de libertad es posibilitar á todos los hombres el desenvolvimiento pleno de sus individualidades, que es precisamente el credo de la vieja anarquía. Toda la libertad será necesariamente, fatalmente, cooperación voluntaria, libre acuerdo, solidaridad humana. En el concierto libre de las voluntades estriba la independencia individual, la independencia de todas las individualidades.

La cooperación no impedirá sino que facilitará la integración individual. Tan

solo, tan aislado como quiera podrá vivir quien quiera. A los que la multitud moleste con su tufo de rebaño, nadie irá á sacarlos de su torre de marfil. Hasta para la masturbación intelectual habrá espacio. Y también compasión.



Hagamos un paréntesis para decir, por si es necesario, que no sólo de pan vive el hombre. La más gran parte de la vida humana pertenece á los afectos, á los gustos, al arte, á la ciencia. Vivimos más por el cerebro y por el corazón que por el estómago, sin olvidar que sin estómago no hay ni siquiera individuo. Y porque millones de hombres son apenas algo más que bestias que comen y trabajan, el anhelo de felicidad, de libertad, de justicia; la sed de los goces elevados que la ciencia y el arte suministran; toman en las almas sencillas de la multitud—y vaya por delante mi repugnancia á tal lenguaje—formas de religiosidad que sueña en lo absoluto. ¿Cómo no, cuando se relaciona la vida plena que se entrevé con la vida mísera que se sufre? Hartos de odios, deliran con el amor universal humano; hartos de luchas, con la más grande y la más hermosa de las hermandades; hartos de violencias, con la más paradisíaca de las paces. Ignorantes, de presente, hasta la bestialidad, antójanse futuros sabios infalibles, artistas consumados. Sueñan en un mismo punto y en un mismo instante la realización de todos los inaccesibles ideales. Habla, sí, el sentimentalismo infantil y habla fuertemente. Dejemos que también los niños laboren por el porvenir. Y entre tanto, cultivemos su inteligencia iluminándola con las realidades de la ciencia, no atiborrándola de pócimas mortíferas de charlatán de plazuela.

Nosotros cantamos á la ciencia y al arte el himno de nuestros más vivos entusiasmos y, á poder hacerlo, desde ahora socializaríamos con el pan todos los

goces y todos los conocimientos. Porque queremos la plenitud de la vida afectiva y del pensamiento, aplicamos nuestras fuerzas á la realización de aquella forma de vida social en que tal plenitud sería posible.

Mas cuando nos salen al paso pretendidos filósofos ó envanecidos sociólogos, literatos y artistas de guardarropía que, como en los anuncios de cuarta plana de la prensa rotativa, nos endilgan cada cuatro palabras un elogio á la ciencia ó al arte y prodigan á porrillo los adjetivos derivados, sentimos tentación vivísima de enviar á la porra la ciencia, el arte, los científicos y los artistas. Todo ello es música celestial para embobar incautos ó recrear imbéciles.

Y á pesar de nuestras aficiones al estudio y á pesar de nuestros gustos artísticos y á pesar también de nuestro entusiasmo por la gran obra del progreso humano, nos sentimos entonces cada vez más pueblo, cada vez más multitud y parécenos ver alzarse fuertes y amenazadores los brazos vellosos de los supuestos sub-hombres que, en su brutalidad ciega que destruye y crea, son el sostén de toda la pandilla de necios infatuados que no hallan mejor modo de considerarse grandes que achicando, extraordinariamente cuanto les rodea.



Concluimos. La anarquía oscila entre dos abismos. De una parte el culto á la violencia por la violencia misma; de otra la adoración fetichista del yo escueto en la absurda soledad de una libertad mentida. A fuerza de proclamar la rebeldía y la revolución, hay quien ha pensado que era justicia en el obrero todo lo que reputaba injusto en el burgués y, paso á paso, se ha caído en la justificación del sacrificio humano. El viejo jacobinismo resurgió en las luchas de nuestros días y por la salud del pueblo se hizo la apología del asesinato. Del mismo modo, á

fuerza de ensalzar la libertad individual, el derecho autónomo del hombre, se ha creído que todo lazo de solidaridad entre humanos era un atentado á la individualidad y que fuera del absoluto y egoísta yo, no había realidad ni vida posibles. De un lado y de otro se da la razón á los poderosos y avisados que nos diezman y nos explotan. En defensa propia, y por su propia justificación mata la burguesía y roba la burguesía; por la suprema ley de su individualidad irreductible, el tirano, en cualquier forma, gobernante ó sacerdote, soldado ó magistrado, asesina, esquilma, encarcela, explota, hace, en fin, y hace bien, conforme á la tesis individualista, cuanto quiere y como quiere. Todos los esfuerzos hechos por una filosofía humana que vé hacia afuera precisamente porque sabe reconcentrarse en sí misma la razón soberana, quedan declarados nulos después de esta vuelta bárbara al derecho del más fuerte por su astucia, por su crueldad ó por su violencia. Cuando se había creído que la finalidad del progreso humano era la sofocación de la bestia en el hombre, he aquí que la bestia resurge práctica y teóricamente. Y si en la sucesión histórica de nuestras luchas se halla explicación para todas las exageraciones, incluso la que pregonaba la matanza sin objeto y la que proclama el aislamiento egoísta, no hay nada que las justifique y que hable á la razón de una sombra de equidad, de humanidad y mucho menos de libertad.

Los desbordes de la pasión y del pensamiento son fruto corrosivo de un mundo de odios donde se lucha á dentelladas y ese fruto ha venido al anarquismo del lado de allá de la fuerza obrera, del lado de allá del elemento popular que sin sutilezas de ninguna especie está en marcha hace ya tiempo hacia un mundo que son incapaces de comprender los qué serían seguramente incapaces de vivirlo.

Un poquito de atención lo merecen

hasta los mayores desastros de la inteligencia, porque casi siempre encierran algo de verdad que se escapa á los mismos que los formulan. Pero para desastros que revelan concupiscencias y vanidades, orgullos y soberbias de impotentes, un poco de desdén es indispensable.

Somos de los que creen que el anarquismo debe volver sobre sí mismo huyendo de quintas esencias que, además de no conducir á nada práctico, tienen la propiedad de extraviar á las cabezas más firmes. Y si siempre es conveniente poner freno á las demasías del charlatanismo que habla á tontas y á locas de lo que no entiende, mucho más lo es ponerla á los excesos de la petulancia que se infla con palabras é ideas resonantes pero faltas de médula.

Por la anarquía afirmamos que la vieja tendencia de la revolución clásica ahogará, sin grande esfuerzo, esas notas disonantes en que parecen complacerse gentes que tienen oídos reñidos con la armonía placida del arte de las artes.

No hay abismo en que pueda precipi-

tarse lo que es resultado positivo de la evolución humana. La anarquía, la vieja anarquía, triunfará de todos los perros que le ladran al paso.

Síntesis amplísima de los dos términos, al parecer contrarios, en que el hombre libra su existencia y la humanidad perdura á través de todas las aberraciones, la anarquía es al propio tiempo libertad y solidaridad, equilibrio inestable, resultante continua de atracciones y repulsiones en que la vida oscila, en que vibra la existencia como vibra la materia en el seno de la armonía universal. Símbolo de símbolos, representación vívida de todas las cosas, es el ideal que se ensancha, que se engrandece á medida que á él nos aproximamos. No hay límite ni valla; no hay molde ni fórmula que pueda contenerlo porque tiene una expresión ilimitada: el ilimitado progreso del individuo y de la especie.

Es así como entiende la anarquía un viejo anarquista, bastante joven para no dejarse atrapar en ninguna malla por los pescadores, más ó menos hábiles, del intelectualismo en boga.

Pedro Kropotkin

La Reacción en 1790 y 1791

V Y ÚLTIMO

Después de lo que hemos relatado en los precedentes artículos, puede verse en qué deplorable estado se hallaba la Revolución en los primeros meses de 1792. Si los revolucionarios burgueses podían sentirse satisfechos de haber conquistado una parte del gobierno, y puesto los cimientos de las fortunas que iban á adquirir con ayuda del Estado, el pueblo no dejó de ver que nada se había hecho para él. El feudalismo quedaba en pie, y en las ciudades la masa de los proletarios no había ganado gran cosa. Los mercaderes y los acaparadores hacían inmensas fortunas por medio de los «asignados» sobre la venta de los bienes del clero,

sobre los bienes comunales, como proveedores del Estado y como agiotistas; pero el precio del pan subía siempre á pesar de las ricas cosechas, y la miseria, se instalaba permanente en los arrabales.

Entretanto, la aristocracia cobraba ánimos. Los nobles y los ricos alzaban la cabeza y se vanagloriaban de que pronto harían entrar en razón á los descamisados. Cada día esperaban la nueva de una invasión alemana que marchara triunfalmente sobre París, y restableciera el antiguo régimen en todo su esplendor. Ya hemos visto que en las provincias la reacción organizaba sus partidarios á vistas y sabiendas de todo el mundo.

Tocante á la Constitución, que los burgueses y los intelectuales revolucionarios de la burguesía hablaban de conservar á cualquier coste, no existía sino para medidas de poca importancia, mientras todas las reformas serias quedaban en suspenso. La autoridad del rey había sido limitada, pero de modo muy modesto. Con los poderes que le dejaba la Constitución (la lista civil, el mando militar, los ministerios, etc.), y sobre todo con la organización interior de la Francia, que todo lo dejaba en manos de los ricos, nada podía el pueblo.

Nadie acusaría, sin duda, de radical á la Asamblea legislativa y es evidente que sus decretos, concerniendo los censos feudales estaban imbuídos de moderación completamente burguesa, y no obstante, el rey negaba su firma á estos decretos. Todo el mundo sentía que se vivía al día, bajo un sistema que no ofrecía nada estable y que podía fácilmente ser derribado y substituído por el antiguo régimen. Entretanto, el *complot* que se tramaba en las Tullerías, se extendía cada día más sobre Francia, y envolvía las cortes de Berlín, de Viena, de Stockolmo, de Turín, de Madrid y de Petersburgo. Se acercaba el momento en que los contrarrevolucionarios iban á asestar el gran golpe que preparaban para el verano de 1792. El rey y la reina daban prisa á los ejércitos alemanes para que marcharan contra París, hasta les indicaban el día en que debían entrar en la capital, donde serían recibidos por los realistas armados y organizados.

El pueblo, así como aquellos revolucionarios que, como Marat, estaban en contacto con el pueblo, —los que podríamos llamar sin reparo anarquistas de aquella época—comprendían los peligros que rodeaban á la Revolución. El pueblo ha tenido siempre un sentimiento verdadero de la situación, hasta cuando no sabe expresarlo correctamente ni apoyar sus previsiones con argumentos de abo-

gado, y adivinaba, infinitamente mejor que los políticos, los *complots* que se tramaban en las Tullerías y en los castillos. Pero se hallaba desarmado, mientras que la burguesía se había organizado en batallones de la guardia nacional, y lo peor era que los intelectuales que la Revolución había colocado á la cabeza —los que se habían erigido en portavoz de la Revolución, incluso los hombres honrados como Robespierre—no tenían la suficiente confianza en la Revolución, y aun menos la tenían en el pueblo. Á semejanza de los socialistas de nuestros días—los partidarios del término medio, gangrenados por la metafísica social democrática—tenían miedo al pueblo que se había echado á la calle y que podía hacerse dueño de los sucesos, y no atreviéndose á confesar este miedo á la revolución igualitaria, explicaban su indecisa actitud como un deseo de conservar, por lo menos, las pocas libertades adquiridas por la Constitución.

Fué preciso la declaración de la guerra (24 Abril 1792) y la invasión alemana para que la situación cambiara. Viéndose traicionado por todos lados, hasta por los mismos á quienes había otorgado su confianza, el pueblo, entonces, se puso á obrar por sí solo, sin consultar á sus directores. París púsose á preparar una insurrección que permitió al pueblo destronar al rey. Las secciones, las Sociedades populares y las Fraternales, es decir, los desconocidos, la multitud, secundados por los más ardientes Cordeleiros, prepararon la insurrección. Los historiadores, pagando un tributo á su educación burguesa, se han complacido en representar el Club de los Jacobinos como el iniciador y cabeza de todos los movimientos revolucionarios de París y de las provincias, y durante dos generaciones todos hemos creído lo mismo. Pero hoy sabemos que no fué así. La iniciativa del 20 Junio y del 10 Agosto

no vino de los Jacobinos. Al contrario, durante un año se opusieron—hasta los más revolucionarios—á hacer un nuevo llamamiento al pueblo. ¡Antes los alemanes en París que un nuevo 14 Julio podular! Pero cuando vieron la imposibilidad de *resistir* al movimiento popular, se decidieron—y aun no todos los Jacobinos—á *seguirlo*.

¡Y con cuánta timidez! Se quería al pueblo en la calle para combatir á los realistas, pero no se quería las consecuencias.—«¿Y si el pueblo no se contentara con derribar el poder real? ¿Y si marchara contra todos los ricos, los poderosos, los astutos que en la Revolución tan sólo vieron un medio de enriquecerse? ¿Y si después de las Tullerías barriera la Asamblea legislativa? ¿Y si la Commune de París, los rabiosos, los «anarquistas»—los que el mismo Robespierre llenaba de insultos,—estos republicanos que predicaban «la igualdad de fortunas», llegaran, por fin, á dominar?»

He aquí porque tanta indecisión en todas las conferencias que tuvieron lugar antes del 20 Junio por parte de los revolucionarios conocidos, y he ahí porque los Jacobinos mostraron tanta repugnancia á admitir una nueva sublevación popular y no la siguieron hasta que el pueblo hubo vencido. Fué en el mes de Junio, cuando el pueblo, pasando por encima de las leyes constitucionales, proclamó la permanencia de las secciones, ordenó el armamento general, y obligó á la Asamblea á proclamar «la patria en peligro», que los Robespierre, los Danton, y en el último momento los Girondinos, se decidieron á seguir al pueblo y hacerse más ó menos solidarios de la insurrección del 10 de Agosto.

Se comprende que en estas circunstancias el movimiento del 20 de Junio no podía tener la vigorosidad ni la unidad necesarias para convertirse en una insurrección afortunada contra las Tullerías.

El pueblo no dejó de marchar, pero sin armas y en la incertidumbre de la actitud de la burguesía no osó comprometerse demasiado. Parecía tantear el terreno como si quisiera saber primero hasta donde podía irse á las Tullerías y dejar el resto á los accidentes de las grandes manifestaciones populares. Si iba á salir algo de esta empresa, tanto mejor; de lo contrario, siempre se habría podido ver de cerca las Tullerías y juzgado su fuerza.

Y así sucedió efectivamente. La demostración fué absolutamente pacífica. Algunos centenares de miles de hombres y mujeres invadieron el palacio. Hablaron con el rey, le hicieron beber un vaso de vino á la salud de la nación, y nada más. Como ataque contra la realaleza, el movimiento había abortado.

¡Hubo qué ver entonces los furores de las clases elevadas contra el pueblo! Desde el momento que el pueblo no había osado atacar y que había demostrado con esto su debilidad, se echaron sobre este pueblo con todo el odio que puede inspirar el miedo.

Cuando se leyó en la Asamblea la carta, en la cual el rey Luis XVI se quejaba de la invasión de su palacio, la Asamblea estalló en aplausos tan serviles como pudieron los de los cortesanos antes de 1789. Los directorios de las provincias y un gran número de municipios se agregaron á esta servil manifestación, y enviaron cartas de indignación contra los «facciosos». En el fondo, de los 83 directorios 33 eran abiertamente realistas y contrarrevolucionarios. Luis Blanc da la lista de ellos y se ve que todo el Oeste de Francia se armaba contra la revolución.

Las revoluciones, no lo olvidemos, se hacen siempre por minorías, y hasta cuando la revolución ha comenzado y que una parte de la nación acepta sus consecuencias, es siempre una ínfima minoría la que se da cuenta de lo que

hay que hacer para asegurar el triunfo de lo que se ha realizado y tiene el valor de la acción. Por esto cada Asamblea, representando siempre *la media del país*, ó mejor dicho, quedando siempre por debajo de esta media, fué y será siempre una impedimenta á la revolución.

La Legislativa nos da de ello un ejemplo muy curioso. El 7 de Julio de 1792 (fijarse en que cuatro días más tarde, en vista de la invasión alemana, iba á declararse «la patria en peligro»), apenas un mes antes de la proclamación de la República, se producía lo siguiente en aquella Asamblea. Hablando en contra de la proposición de una segunda alta Cámara, el Obispo de Lyon, Lamourette, decía: «Fulminemos, señores, con una execración común y por un último é irrevocable juramento, fulminemos *la República y las dos Cámaras!*», oído lo cual toda la Cámara se levantó para atestiguar su odio á la República.

En el pueblo, la convicción estaba hecha. Se comprendía que había llegado el momento de desembarazarse de la realeza y que si al 20 de Junio no le seguía de cerca una insurrección popular, la Revolución quedaba vencida. Pero los políticos de la Asamblea lo juzgaban de otro modo. ¿Cuál iba á ser el resultado de una insurrección? Por esto, estos legisladores, salvo tres ó cuatro, se preparaban ya una salida en caso de una contrarrevolución triunfante.

El peligro de todas las revoluciones está en el miedo de los hombres de Estado, en su deseo de procurarse un perdón en caso de derrota.



Para todo aquel que quiera instruirse por medio de la historia, las siete semanas que transcurrieron entre la manifestación adoptada del 20 de Junio y la toma de las Tullerías en 10 Agosto 1792, tienen una gran importancia.

A pesar de no haber obtenido un resultado inmediato, la manifestación del

20 de Junio había dado el alerta á la Francia. «La rebelión corre de pueblo en pueblo», decía Luis Blanc. El extranjero estaba á las puertas de París, y el 11 de Julio se proclamaba la patria en peligro. El 17 se festejó la Federación y el pueblo hizo de esta fiesta una formidable demostración contra la realeza. De todos lados las municipalidades revolucionarias enviaban á la Asamblea invitaciones para determinarla á obrar.

Se sentía que la revolución se acercaba á su momento decisivo.

¿Y la Asamblea, que hacía? ¿Qué hacían los republicanos burgueses, los Girondinos?

Cuando se leyó en la Asamblea la invitación viril de Marsella, pidiendo se tomaran medidas que estuvieran á la altura de las circunstancias, la Asamblea casi por entero *protestó!* Y cuando el 27 de Julio, Duhamel pidió que se discutiera la prescripción, su proposición fué recibida con una gritería infernal de la Cámara.

María-Antonietta no se equivocaba, ciertamente, cuando el 9 de Julio escribió á sus asociados del extranjero que los patriotas tenían miedo y querían negociar, lo que, en efecto, sucedió algunos días más tarde.

Los que estaban con el pueblo, en las secciones, bien presentían hallarse en vísperas de un gran golpe. Las Secciones de París se habían declarado en permanencia, así como varias municipalidades. Ignorando la ley sobre los ciudadanos activos y los ciudadanos pasivos, admitían á estos últimos en sus deliberaciones y los armaban con picas. Evidentemente se preparaba una gran insurrección.

Pero el partido de los «hombres de Estado», los Girondinos, enviaban al rey en aquel momento, por intermediación de su ayuda de cámara Thierry, una carta firmada anunciándole que se preparaba una formidable insurrección,

que de ella podía salir la prescripción y aun algo más terrible y que para conjurar esta catástrofe no quedaba más que un medio... llamar al ministerio, dentro de ocho días á más tardar, á Roland, Servan y Claviere. (Cito según Luis Blanc, I, 690).

Claro que no eran los doce millones prometidos á Brissot lo que impulsaba á la Gironda á dar este paso. Tampoco, como cree Luis Blanc, la ambición de reconquistar el poder. Nada de todo esto, la causa era más honda. El libelo de Brissot, *A ses commenttants*, traduce netamente su idea. Era *el miedo á una revolución popular que tocaría á las propiedades*, el miedo y la enemiga al pueblo, el mismo miedo que hoy anima á los radicales y á los socialistas burgueses cuando hablan con rencor del «proletariado harapiento.»

Y con este miedo, fracasarán en la próxima Revolución, la Grande, la Social, todos los partidos semisocialistas que desde luego ocupan la misma posición más ó menos gubernamental, en los parlamentos burgueses, que ocupaban entonces los Girondinos.

No serán las teorías lo que decidan el carácter de su acción. Será el miedo al pueblo, á la multitud, al harapo. El miedo de ver un régimen en el cual la propiedad, y aun más que esto, *la educación universitaria*, habrán perdido los privilegios que confieren en nuestros días. El miedo á verse nivelados, reducidos al mismo nivel de la gran masa de los trabajadores. Tocante á las teorías, están forjadas en previsión de esta alternativa en que se hallará la Revolución: el mantenimiento de los privilegios, de los monopolios, ó su abolición; con la masa del pueblo ó contra ella.



Se comprende la desesperación que entonces se apoderaba de los verdaderos

patriotas y que Marat expresaba en estas líneas:

«Hace tres años—decía—que nos agitamos para recobrar nuestra libertad, y sin embargo, cada vez estamos más lejos de ella.

»La Revolución se ha vuelto contra el pueblo. Para la Corte y sus puntales es un eterno motivo de captación y de corrupción; para los legisladores una ocasión de prevaricaciones y de granujadas... Y desde luego es para los ricos y los avaros una ocasión de ganancias ilícitas, de acaparamientos, de fraudes, de explotaciones; el pueblo está arruinado y la clase innumerable de los indigentes, se halla colocada entre el miedo á morir de miseria y la necesidad de venderse... No temamos repetirlo; cada día que trascurre estamos más lejos de la libertad, pues, *no tan sólo somos esclavos, sino que lo somos legalmente.*»

En el teatro del Estado únicamente las decoraciones han cambiado. Los mismos actores, iguales intrigas é idénticos resortes.

«Era fatal, continúa Marat, pues que las clases inferiores de la nación están solas para luchar contra las clases elevadas. En el momento de la insurrección, el pueblo aplasta perfectamente lo que á su masa se opone; pero por ventaja que de momento reporte, acaba por sucumbir ante los conjurados de las clases superiores, llenos de finura, de astucia y de artificios. Los hombres instruidos, acomodados é intrigantes de las clases superiores, toman al principio partido contra el déspota, pero en seguida se vuelven contra el pueblo después de haberse rodeado con su confianza y de haberse servido de sus fuerzas para colocarse en el lugar de los privilegiados que prescribieron.»

«Por esto—escribe Marat, y sus palabras son de oro, pues se diría que son escritas hoy mismo, en el siglo xx,—por esto la Revolución ha sido hecha y

sostenida únicamente por las últimas clases de la sociedad, por los obreros, los artesanos, los detallistas, los agricultores, por la plebe, en fin, por estos infortunados que la impudente riqueza llamaba *canalla* y que la insolencia romana llamaba *proletarios*. Pero lo que nunca se imaginó es que pudiera hacerse la Revolución únicamente para los pequeños propietarios, para las gentes de ley y demás puntales.»

Al día siguiente de la toma de la Bastilla hubiera sido fácil á los representantes del pueblo «suspender de todas sus funciones al déspota y á sus agentes», escribía más lejos Marat. «Pero para esto hubiera sido necesario que fuesen virtuosos y vieran claro.» El pueblo, en lugar de armarse por completo, sufrió que una parte sola de ciudadanos lo fuese. Y en lugar de atacar sin demora á los enemigos de la Revolución renunció él mismo todas las ventajas permaneciendo á la defensiva.

«Hoy, —decía Marat— después de tres años de discursos eternos de las sociedades patrióticas y de un diluvio de escritos,... el pueblo está más alejado de sentir lo que convendría hacer para resistir á sus opresores, que el primer día de la Revolución. Entonces se abandonaba á su instinto natural, al simple buen sentido que le hizo hallar el verdadero medio de hacer entrar en razón á sus implacables enemigos... Vedle, ahora, encadenado en nombre de las leyes, tiranizado en nombre de la justicia; *hételo constitucionalmente esclavo.*»

Se diría que este párrafo fué escrito ayer si no lo copiáramos del número 667 del *Ami du Peuple*.

Un descorazonamiento profundo se apoderó de Marat en vista de la situación y sólo veía una salida: «algunos excesos de furor cívico» por parte de la plebe, como en los días 14 y 19 de Julio, y 5 y 6 de Octubre. La desesperación le roía, hasta el día que llegaron á París

los federales de las provincias, inspirándole una nueva fuerza.

Tan grandes eran las probabilidades en pro de la contrarrevolución á fines de Julio de 1792, que Luis XVI se negó rotundamente á la proposición de los Girondinos. ¿Acaso los prusianos no marchaban ya sobre París? ¿Lafayette, así como Luckner, no estaban dispuestos á volver sus ejércitos contra los jacobinos, contra París?

En efecto, ¿no tenía el rey razón en esperar? *Los jacobinos no osaban obrar*, y cuando Marat, el 18 de Julio, después que la traición de Lafayette y de Luckner fué conocida (querían arrebatarse al rey (16 Julio) y colocarlo bajo el amparo de sus ejércitos), cuando Marat propuso coger al rey y retenerlo como rehenes de la nación contra la invasión extranjera, todo el mundo le volvió la espalda, le trataron de loco, aplaudiéndole solamente los descamisados. Porque en aquel momento osó decir lo que hoy sabemos era *la verdad*, porque osó denunciar los complots del rey con los extranjeros, Marat se vió abandonado de todo el mundo, hasta de aquellos pocos patriotas jacobinos con quienes, él tan desconfiado, había sin embargo confiado. Hasta el asilo le negaron cuando se le quiso arrestar y llamó á sus puertas.

Tocante á la Gironda, después de oída la negativa del rey, parlamentó de nuevo con él por medio del pintor Roze, (25 Julio) y le enviaba un nuevo mensaje.

Quince días faltaban para el 10 de Agosto. Toda la Francia revolucionaria tascaba el freno, comprendiendo que había llegado el momento de obrar. Ó se daba el golpe de gracia á la realeza ó la revolución quedaba sin terminar. La realeza se rodeaba de tropas, se la dejaba organizar el gran complot para entregar París á los alemanes y ¡quién sabe luego cuantos años iba á quedar la

monarquía, poco menos que autócrata, rejuvenecida, en el trono de Francia!

Y á pesar de este peligro, en este momento supremo, toda la preocupación de los políticos consistía en disputarse para saber en qué manos iba á caer el poder cuando se escapara de las del rey.

Los Girondinos lo querían para ellos, para la Comisión de los Doce, que entonces se convertiría en poder ejecutivo. Robespierre, por su lado, pedía nuevas elecciones, una nueva Asamblea, una Convención que diera á Francia una nueva Constitución republicana.

Tocante á obrar, á preparar la prescripción, nadie soñábalo siquiera, á excepción del pueblo, y no ciertamente los Jacobinos. Pensaban en ello «los desconocidos», los favoritos del pueblo, Santerre, el americano Fournier, el polonés Lazusky, Carra, Surion, Westermann,

que se reunían en el Sol de Oro para tramar el asedio del castillo y la insurrección general, con la bandera roja al frente, que significaría «la ley marcial para los realistas». Pensaban, en fin, en ello, las Secciones, la mayor parte de París y algunas en el Norte, en la provincia Maine-et-Loire y en Marsella... y por último, los marseleses y bres-tenses alistados á la causa revolucionaria por el pueblo de París. ¡El pueblo, siempre el pueblo!

—En la Asamblea se hubiera dicho que estaba compuesta *de legistas encarnizados disputándose sin cesar bajo el látigo de los dueños...*

— En la Asamblea de las secciones, en la Casa Común, se colocaban las bases de la República, dijo Chaumette en sus *Memorias*, publicadas por Aulard.

Estudiaremos este movimiento.

Manuel Ugarte

Literatura de droguería

A pesar de la muerte del decadentismo, quedan aún en la atmósfera los gérmenes malos que nacieron de aquel movimiento artificial. Nadie se atreve á adoptar el nombre de la escuela, pero, voluntaria ó involuntariamente, muchos jóvenes mantienen dentro de su alma el estado enfermizo y la predisposición á lo maravilloso que fué la distintiva del grupo enamorado de exotismos geográficos y morales. En ciertos centros se continúa sacrificando la verdad á una pretendida belleza hecha de desequilibrio... Se podría decir que al perpetuar la concepción con menos franqueza, pero con igual daño para el arte verdadero, los sobrevivientes de la antigua manera de ver dormitan en un decadentismo vergonzante. Y como esa actitud entre recatada y diestra es quizá más peligrosa, conviene volver sobre el asunto, aprovechando la oportunidad que nos ofrece el reciente artículo de un «desertor» que, al hacer la historia del

movimiento artístico del siglo pasado, ha referido sus impresiones en una revista francesa.

En España se ha formado en estos últimos tiempos una curiosa agrupación de «decadentizantes», y como de América vino en cierto modo el mal, á un americano le corresponde la tarea de contribuir á combatirlo. Durante varios años, los demoníacos, los místicos, los perversos, todos los desequilibrados de la literatura, formaron un conventículo de delincuentes que pretendió imponerse á la salud y á la juventud del mundo nuevo. Apenas queda hoy memoria de tan lamentables fantasías. Pero arrancaron muy justos sarcasmos á algunos escritores de Madrid, que no imaginaban por aquel tiempo que el mal podía comunicarse después á la madre patria.

Dadas las lentas é inevitables transformaciones del arte y del idioma, la literatura tiene que renovarse como la vida,

y nuestro siglo complejo y febril exige cierta flexibilidad de lenguaje, cierta rapidez de expresión y cierta sinceridad de emociones que acabará por forzar los moldes de la gramática y las fórmulas artificiosas de la composición. Demás está decir que no somos partidarios del clasicismo ni de la conservación de todo lo existente. Pero la rebelión en nosotros no se traduce en ímpetu, sino en razonamiento. No queremos salir de una *insinceridad* para caer en otra.

Si los estetas que se obstinan aún en asombrar á los transeúntes, dicen inspirarse en la reciente literatura francesa, es porque confían en no tener que demostrarlo. Desde luego no imitan ni á Verlaine ni á Mallarmé, cuya delicadeza, y cuya influencia sobre todos son innegables; sino á sus *pasticheurs*, á los del coro, á los que reemplazaron la sinceridad, morbosa, pero indiscutible, de los jefes, con la multiplicación de los ajenjos y el color de las vocales. Además, Verlaine y Mallarmé fueron «reciente literatura» hace un cuarto de siglo. Los pensamientos y las modas no deben tardar tanto en atravesar los Pirineos, porque sería dar razón á los que afirman que, cuando hasta Víctor Hugo había dejado en Francia de ser romántico, empezamos á discutir nosotros cautelosamente la nueva fórmula del arte difunto.

La verdad es que el decadentismo y el simbolismo han sido reemplazados en París como tendencia de última hora por lo que se ha dado en llamar el arte social. No discuto las excelencias ó los defectos de esta novísima orientación (aborrezco las *chapelles* y conservo siempre mi completa libertad de espíritu); pero constato que todo el vigor de la juventud, que todo el desborde de savia de las nuevas generaciones parece determinar una vuelta á la naturaleza. Lo que hoy nos mueve es un gran deseo de verdad, de justicia, de arte supremo. Desdeñamos las pacotillas de la literatura de superficie; las palabrerías bri-

llantes, los huecos párrafos y los «preciosismos» de los que hicieron aristocracia con las letras y creyeron ser exquisitos porque fueron indescifrables. Producto de una *juventud joven*, la reciente literatura tiende á ser clara, substanciosa, serena, atrevida en las concepciones é inspirada en grandes ideales de generosidad.

De Nietzsche, que fué la sanción filosófica del decadentismo, no quiere conservar más que lo que él tiene de aprovechable, en lo que se refiere á la estética. Si existe, como dijo el autor de *Así hablaba Zarathustra*, un «arte de las almas feas», que otros adhieren á su evangelio. Nosotros pensamos que servirse del buril del sol para exteriorizar las llagas interiores, hacer la apología del mal, incitar al vicio y difundir ideas disolventes, es olvidar que el artista es un alado conductor de humanidades. Su misión es guiar á los hombres por la selva misteriosa, camino del bien, hasta las cumbres bañadas por el sol. Parodiando la frase de Nietzsche, se puede decir que sólo existe un arte durable: el de las almas limpias.

En mi entender estas cosas nunca se repiten demasiado. Si tuviera que aconsejar á un amigo, le diría: —El porvenir no será de los que más proyecten, sino de los que más hagan. Luchemos por hacer entrar en la vida nuestras concepciones. Trabajemos en transformar lo que nos rodea. Tengamos el valor de realizar lo que escribimos, de pensar con los brazos. El «superhombre» es un espejismo de nuestro orgullo. Seamos altos y robustos trabajadores del ideal, pero no dejemos de ser hombres llanos y sinceros. En vez de tener el patriotismo del «yo», tengamos el patriotismo de la especie. Luchemos en nombre de todos y para bien de todos. Y no imitemos al insecto pueril, que porque ha trepado sobre una espiga se cree dueño de la creación.

Las esperanzas de los rezagados no parecen cumplirse. La literatura de

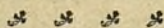
droguería no arraigará nunca en España. Un país en que, cuando vamos á pedir un favor, el personaje importante, aunque sea el presidente del Consejo, nos dice: «venga de ahí», no puede darse una fisonomía artificial ensayando nerviosidades que no encuadran con su carácter. Lo que conviene al alma española es sinceridad y claridad. Todo lo demás es «literatura», como decía Verlaine.

El modernismo que consiste en resucitar lo viejo y la revolución que predica el individualismo y la indiferencia social, son simples flores de incongruencia. Como las épocas han cambiado para la literatura, conviene hacer un llamado fraternal á la razón. Los escritores no pueden obstinarse en ser un fenómeno al margen de la vida, un objeto de anticuario, ó un pájaro aturrido, encargado de distraer los ocios de los demás. Tienen que empezar á ser al fin ciudadanos que luchan, que viven, que tienen convicciones como los otros. Su arte cobrará así mayor amplitud y será más humano. Porque una doctrina es una roca en medio del mar: sobre ella plegamos las alas para investigar el horizonte. Mientras que la incertidumbre, resultado de varias creencias que se combaten, es un estado de fatiga que nos impone aleteos nerviosos y febriles para no rodar al abismo. Abrigar convicciones, es hasta gozar de mayor libertad. Porque si los que tienen techo emprenden las excursiones más aventuradas, seguros como están de poder volver, ¿ocurre lo mismo á los que se sienten solos en el mundo y vacilan en la encrucijada, amedrentados por la profundidad de la noche? Lejos de los alquimistas y los anacoretas; la conciencia del artista quiere su puesto al sol. El creador de la belleza, sin despojarse de sus vestiduras de ensueño, puede pagar su tributo al ideal en plen o Fo-

rum. Tenemos que ser algo más que los eternos proyectistas de la prole. Nuestro esfuerzo ha de tender á vencer los imposibles, á crear belleza en acción, á imponer nuestro ideal en la vida. Y así trabajaremos para el porvenir. Porque si lo raro puede retener un instante la atención de los ahitos, sólo lo justo perdura.

En vez de encerrarnos en torres de marfil, hagamos navegar nuestras barcas de ensueño por la vida tumultuosa y sin límites. La belleza durable, no es más que un producto de la inteligente sinceridad. Nada tan efímero dentro del arte como las «actitudes». «Los únicos grandes hombres — escribía recientemente un notable crítico francés — son los que rectifican el error de la multitud y á las ideas directoras viejas substituyen un ideal de vida nuevo practicable y realizable.»

El catecismo de todo jornalero de la gloria debiera ser el que apuntaba no ha mucho Octavio Mirbeau hablando del famoso pintor Pissarro: «Se ha hecho del papel social del artista una concepción ancha y sana, que le ha preservado siempre de la manía del particularismo y de la divinización, manía que mata á la mayor parte de los hinchados de orgullo. No cree que el pintor sea un ser de esencia supraterrrestre que esté por encima de sus conciudadanos. Pien-
sa que *está en la humanidad* al mismo título que el poeta, el agricultor, el médico, el herrero, el químico, el obrero que teje, el que serrucha, el que da forma al cobre... Para él, el pintor no realiza una misión esotérica ó de lujo; concurre como todos los que hacen algo útil ó algo bello á la obra de armonía general, que consiste en expresar el universo según las aptitudes individuales.» Son palabras serenas y profundas que nos dejan entrever el porvenir y nos muestran la vanidad de la literatura de droguería.



El nido del águila

(Leyenda danesa)

Cayendo á plomo sobre un pequeño pueblo, alzábabase en la azulada atmósfera abrupto peñasco, tan alto y desnudo, que ningún pie humano pudo alcanzar su cúspide, y donde una familia de águilas había construido su nido. Sobre este nido Mr. Bjornstjerne Bjorson ha escrito una historia; pero como la he oído contar algo diferente, á mi vez la traslado al papel.

Escuchad:

Sobre la cima de este peñasco—repito—una familia de águilas había construido su nido, y desde lejanos tiempos, tantos como pueda recordar la memoria de los hombres, las águilas habían sido el terror de la comarca.

Tan pronto caían sobre las cabras y ovejas que tranquilamente ramoneaban la hierba de los lejanos prados, como picoteaban los ojos de los pastores que con sus palos intentaban defender sus rebaños. Sí; á veces, hasta se apoderaban de los niños mientras jugueteaban en la plaza del pueblo; levantábanlos suspendidos en sus garras, más alto que la cima del peñasco, para, desde allí, lanzarlos y destruirlos en su caída.

Los audaces jóvenes del país soñaban siempre con el noble propósito de escalar el peñasco para arrojar del nido á los rapaces y volver la tranquilidad al pueblo. Desde la infancia ejercitábanse en encaramarse por las paredes del peñasco y á esto se debía que no se encontrara por los alrededores otros hombres tan audaces y atrevidos como ellos. Era rarísimo quien pasara de los veinte años sin que hubiese tentado el peligroso escaló del nido del águila, pues nadie los hubiera considerado hombres, ni ellos se habrían atrevido á cortejar de noche una muchacha sin probar su valentía contra el invencible enemigo.

Y, sin embargo, ninguno de ellos logró poner su mano en el nefasto nido. Algunos llegaban hasta el primer saliente del peñasco; pero una vez en él, se apoderaba el vértigo al contemplar, bajo sus pies, la aguda flecha del campanario del pueblo irguiéndose en el azul como el hierro de una lanza. Otros llegaron hasta la segunda aspereza, casi á la mi-

tad del camino; pero al querer traspasarla, las capas pizarrosas se desmenuzaban bajo sus pies, y con celeridad vertiginosa resbalaban á lo largo de la abrupta roca, rechazados, rotos sus huesos y hendido el cráneo. Uno sólo alcanzó un día la tercera anfractuosidad; pero una vez en ella, cayó de improviso de espaldas, como repelido por invisible mano. Cual pájaro herido atravesó el aire desgarrándolo con ronco grito, rebotó de roca en roca, y rodó, en fin, despedazado en medio del pueblo.

Por esta época, un nuevo párroco llegó á la comarca, y cuando se enteró de la loca lucha emprendida por los habitantes contra las águilas, comenzó desde el púlpito á fulminar sus rayos contra aquel insensato juego de vida ó muerte.

—Es tentar á Dios—exclamó—el cual, en su sabiduría, ha puesto límites al poder del hombre; límites que nadie puede traspasar sin ser castigado.—Y señalando el nido, añadió que Dios mismo lo había emplazado tan alto como señal evidente de que hay cosas que desafían todos los esfuerzos humanos.—¡Pues saludable es que siempre haya alguna—decía—que el pueblo jamás pueda alcanzar.

Entre los ancianos del lugar, el sermón del cura cayó en terreno abonado; pues no había casa que no contara con un hijo estropeado, ni familia que no llorase la pérdida del consuelo y apoyo á su vejez. Parecía como si la abrupta cima les atrajese con irresistible pujanza; y no obstante, corría ya de boca en boca la noticia de que al siguiente domingo, un joven de diez y ocho años, hijo único de una pobre viuda, intentaría el arriesgado escaló.

En la grande plaza de la iglesia, á la hora fijada, los habitantes del pueblo, reunidos, hablaban bajo, contemplando, á través de las veraniegas nieblas, las paredes de la roca en que el joven había llegado al primer saliente. Este, ni siquiera se detuvo; quitóse el sombrero, y lanzando con todas las fuerzas de sus pulmones un grito de esperanza, saludó á su madre, que, desgredada y sollozando, arrodillada al pie del peñasco,

tendíale sus brazos... Al alcanzar la segunda aspereza, sentóse el joven, y mientras se enjugaba el sudor, midió con ojo certero la distancia que le separaba del final del camino.

Todas las miradas se fijaron en él, cuando un instante después se le vió estrechar el cinturón, y, con la lentitud de un gato, avanzar de nuevo ayudándose con las manos, puesto que el peñasco, desgastado por las heladas del invierno, volvíase cada vez más perpendicular. A cada tentativa de avance resbalaba, y los viejos bajaban la cabeza, mirando con ojos de compasión á la madre desvanecida en medio de un corro de mujeres.

—Esto acabará mal—murmuraban acercándose unos á otros.—¡Es demasiado joven!—¡Y demasiado atrevido!

En una pequeña elevacion del terreno, una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado, contemplaba la escena cruzada sus dos manos á la espalda. Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva, ceñuda faz, al saber que era la novia del audaz joven y precisamente la que le había pedido aquella prueba de su valentía y de su cariño. Indiferente á la ansiedad general y á la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, á su prometido, suspendido entre el cielo y la tierra; y en su linda cara, tersa y acarminada, leíase la certeza de que sería su novio el que lograra alcanzar lo que otros no pudieron obtener.

De pronto, un grito partió de la asamblea. Subiendo rápidamente en zig-zag, el joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas parecían agotadas. A pesar de que no semejaba más grande que una mosca, pudo distinguírsele agarrado aun á la roca.

El que poseía mejor vista de los del lugar, un hombre rodeado de un grupo ansioso, dijo sacudiendo tristemente la cabeza:

—No volverá vivo. Está más blanco que la cal y tiene las manos ensangrentadas.

Silencio general se impuso. El joven erguíase de nuevo, y el hombre citado

vióle como se estrechaba aun más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta llegar al nido. Viósele buscar á tientas apoyo para sus manos y pies...

Un estremecimiento sacudió dolorosamente á todos: ¡el joven resbalaba!...

Gruesas piedras destacáronse del peñasco rodando ruidosas á lo largo de las rocas...

—Todo acabó para él—pensaron algunos; otros en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos á una hendidura de la roca y se retuvo agazapado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo. Y lentamente, con precaución, avanzó...

Minutos parecidos á siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores reunidos mirábanse unos á otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó á sus ojos asombrados el audaz joven. ¡Tal vez había caído!

De improviso estalló un clamoreo general. Viéronle sobre la cima de la roca, destacándose en el claro azul del cielo.

En aquel momento, las águilas, muy lentamente, atravesaban los aires...; pero el joven, con un rápido movimiento, cogió las ramas del nido, y nido y huevos cayeron precipitados de lo alto de la roca en las profundidades peñascosas. Las águilas, aterrorizadas, interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos, y con rápido y ruidoso batir de alas, volaron de nuevo desapareciendo á lo lejos...

Y en la pradera, los gritos de contento hendían la atmósfera de tal modo como jamás desde tiempos inmemoriales se habían oído. Solamente el párroco se retiró silencioso y cabizbajo.

«Solo él no podía comprender aquello...»

.....

¡Y es que no hay nada en el mundo, por alto que sea, que la voluntad tenaz y firme de un pueblo no pueda alcanzar un día!



Índice del año segundo

	Págs.
ALTAÏR.—El culto del despotismo.	89
ARNOULD (ARTURO).—El Estado.	362
BÜCHNER (LUIS).—Lecciones.	1, 34
BRUGUERA (JUAN).—Imposibilismo.	14
Individuación.	59
BELLOT (J. R.).—Lecciones.	66
BLASCO IBÁÑEZ (VICENTE).—El último cristiano.	68
BJØRNSTJERNE BJØRNSON.—El momento psicológico.	113
Francia y Rusia.	145
BUSCÓN (JUAN).—Efectos de la guerra.	251
BERTHELOT (ANDRÉS).—El socialismo en el Japón.	301
BOUCHER (EUGENIO).—De la ley de los salarios.	330
COMAS COSTA (J.).—Fenómeno de reacción.	9
Los superfluos del Arte.	75
El individuo como único valor real.	149, 262, 276, 292
CARBALHO (E. DE).—El crepúsculo de los superfluos.	42
CORNELISSEN (C.).—Sobre la cooperación.	45, 56
CLEMENCEAU (G.).—Cafres de todos los países.	52
CAROL (JUAN).—Lecciones.	67
CASTRO (FRANCISCO).—Consecuencias.	85
El amor y la naturaleza.	122
CONWAY (MONCURE D.).—El prestigio de la guerra.	95, 105
CABRERA DÍAZ (J.).—¡Oh, el Parlamentarismo!	139
CALDERÓN (ALFREDO).—Los malos pastores.	138
Menos gracia y más justicia.	170
Moloch.	319
COLAJANNI (N.).—El factor económico en la producción del delito.	232
CARLYLE (TOMÁS).—El catecismo de los puercos.	239
CORLAY (MIGUEL).—Una comida ilustrada.	349
DUCLAUX (E.).—Lecciones.	3
DELESALLE (P.).—La ley de las 10 horas y sus consecuencias.	118
El comunismo sin teoría.	216
DARNAUD.—La verdadera moral.	219
ENGELS (FEDERICO).—Lecciones.	81
FERRERO (GUILLERMO).—El Sufragio universal.	20
FIELDING (H.).—Lecciones.	49
FABRI (LUIS).—La libertad.	123
FOUILLÉE (ALFREDO).—Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo.	266, 284, 296, 311
FÉVRE (ENRIQUE).—La huelga de los granos de trigo.	303
GOLDSMITH (OLIVERIO).—Lecciones.	4
GRAVE (JUAN).—Ineficacia de las reformas.	25
¿Y los principios?	146
El genio.	237
La libertad en la asociación.	347
GOHÉN (RDO. P. JESUITA).—Lecciones.	68
GIRARD (ANDRÉS).—El martirio de la bondad.	111
Gobernantes y gobernados.	185
GUYAU (M.).—La literatura de los decadentes.	202
La Vida.	337
GEFFROY (GUSTAVO).—La vida artística.	221
GONZÁLEZ SERRANO (URBANO).—Antinomias humanas.	333
HONTAN (BARÓN DE LA).—Lecciones.	50

	Pág.
IBSEN (ENRIQUE).—Un hombre valiente y útil.	255
JACQUINET (CLEMENCIA).—Rosmersholm.	154
Cosas de educación.	161
Los factores de la educación social.	193, 241, 257, 273, 321, 3
Lección de cosas.	3
JÓVENES (CLAUDIO).—El capítulo de los odios.	18
KROPOTKIN (PEDRO).—La conspiración burguesa.	87, 97, 115, 18
La abolición de los derechos feudales.	213
La paralización de la Revolución.	234, 244, 289, 364, 372
La reacción en 1790 y 1791.	11
LÓPEZ RODRIGO (A.).—El hombre y la Institución.	66, 67
LETOURNEAU (CARLOS).—Lecciones.	94
LORES (MARCIAL).—Trabajo.	173, 188
LITVINOFF (JUANA).—Ejecución de una nihilista.	27
MALATESTA (ENRIQUE).—El Estado socialista.	247
El problema del amor.	328
Infiltraciones burguesas en la doctrina socialista.	357
El sufragio universal.	30
MESNIL (JACQUES).—La concepción anarquista.	51
MOLINARI (G. DE).—La obra de los gobiernos.	79
MIRBEAU (OCTAVIO).—Un héroe.	129
MICHEL (LUISA).—Proclamación de la Commune.	142
MORNAS (ANTONIO).—La anarquía y los artistas.	253
MAILLOU (RIOUX DE).—Gramíneas.	325, 345, 353, 369
MELLA (RICARDO).—Por la anarquía.	20
NAQUET (A.).—Parcialismo de la enseñanza oficial.	36
NIEUWENHUIS (DOMELA).—El Congreso Internacional socialista de Amsterdam.	101
La Iglesia y el Estado.	63
NOVOAKOW (PEDRO).—Una flor en el desierto.	132
Psicología del dolor.	335
La Cascada.	108
OLIVEIRA (J. D').—El culto de los héroes.	5
PELLICO. —El peligro amarillo.	71
Armonía del capital y del trabajo.	166
Cuestión de dignidad humana.	19
PROUDHON. —Impotencia política.	126, 144
PICÓN (JACINTO OCTAVIO).—El hijo del camino.	112
PASCOLI (JUAN).—Los vencejos.	206
PARVILLE (ENRIQUE DE).—El apoyo mutuo entre los pájaros.	381
PONTOPPIDAN (HENRIK).—El nido del águila.	65, 83
RECLÚS (ELÍAS).—Lecciones.	147
La sociedad y el individuo.	306
RECLÚS (ELÍSEO).—El hombre.	113
REDACCIÓN. —En pró de la paz.	129
Luisa Michèl.	163, 177, 195, 209, 225
Autonomía y Solidaridad.	395
Elíseo Reclús.	134
RY (FANNY DAL).—Señales de sociología política.	157
RISTORI (ORESTE).—Deísmo y ateísmo.	78
SPENCER (H.).—Fragmento.	81, 82
Lecciones.	198
SEVÉRINE (MME.).—El hombre amarillo.	287
SIMÓN (G. EUGENIO).—Privilegios de los propietarios.	22
TCHERKESOFF (W.).—Superstición fatalista sobre la concentración del capital.	207
TROMBETTI (ALFREDO).—Ideales humanitarios.	250
UGARTE (MANUEL).—Hojas sueltas.	378
Literatura de droguería.	33
VOGT (CARLOS).—Lecciones.	49
VAILLANT (EDUARDO).—Confesión.	50
VAMBÉRY. —Lecciones.	50
WESTERMARCK. —Lecciones.	50